

Enrique CORNELIO AGRIPPA, *Declamación sobre la incertidumbre y vanidad de las ciencias y las artes*, Estudio, traducción y notas de Manuel Mañas Núñez, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2013, 332 pp.

Enrique Cornelio Agrippa es una de las figuras más importantes del humanismo alemán y, a la vez, una de las menos conocidas en nuestro país. La obra del profesor Manuel Mañas que ahora reseñamos viene a cubrir en una parte importante esta laguna. Su anterior estudio sobre el *De uanitate scientiarum* publicado en la *Revista de Estudios Latinos* se completa ahora con una magnífica traducción acompañada de gran número de notas aclaratorias, que amplían notablemente las de la edición alemana de Gerhard Güpner, e introducida por un completo estudio sobre la vida y la obra del autor.

En la persona de Cornelio Agrippa están representadas tres de las características más relevantes de muchos de los grandes humanistas europeos de la primera mitad del siglo XVI: viajero, comprometido y polifacético. Su vida, aunque no llegó a cumplir los cincuenta años, constituye un constante peregrinar por diferentes ciudades y países. Tras sus comienzos en la Universidad de Dole, viaja a Londres, donde estudia con John Colet, el famoso humanista inglés comentarista de las epístolas paulinas y que tanto influyó en el pensamiento de Erasmo. De ahí pasó a Italia; luego, Metz, donde escribió algunas de sus obras más importantes; después, Colonia, Ginebra, Friburgo, Lyon, donde compuso la obra que ahora reseñamos, Amberes, Malinas, ciudad en la que fue encarcelado por deudas y, por fin, Grenoble, donde pasó los últimos años de su vida, rodeados de leyendas sobre su actividad como mago y brujo según nos relata Paulo Jovio en sus *Elogia*.

Agrippa fue también un humanista comprometido en la búsqueda de la verdad y en la denuncia de la falsedad y la prepotencia de quienes hacían falsa ostentación de ella, por lo que recibió severas críticas de los teólogos más ortodoxos y tuvo serios problemas con la Inquisición. Se relacionó con Erasmo y con Lutero y tomó parte en los candentes debates teológicos de aquel momento, como refleja claramente su *Declamación*. Esa misma inquietud intelectual le llevó a explorar ámbitos que hoy día nos parecen totalmente alejados de la verdad, como las ciencias ocultas y la magia, muy influido por la lectura de *De uerbo mirifico* de J. Reuchlin, quien, a su vez, había recibido durante su estancia en Italia las enseñanzas de Giovanni Pico della Mirandola sobre la Cábala y la literatura hermética. No obstante, su actitud ante esas disciplinas varió a lo largo de su vida; en el capítulo XLVII de la *Declamación* reconoce que «este arte cabalística, de la que se jactan los hebreos y que yo a veces he examinado con gran esfuerzo, no es sino una mera rapsodia de superstición» y en el capítulo siguiente vuelve a hablar de esos “errores” de juventud, de los que «quiero retractarme ahora que soy más cauto».

Además de la biografía, el profesor Manuel Mañas nos proporciona en la Introducción los datos fundamentales para comprender el auténtico sentido de la *Declamación*: explica su relación con la otra gran obra de Agrippa, *De occulta philosophia*, estudia sus fuentes más importantes (la *Docta ignorantia* de Nicolás de Cusa, la *Stultitia laus* de Erasmo, el tratado *De harmonia mundi* de Francesco Zorzi, los *De rerum*

inuentoribus libri de Polidoro Virgilio y el *Policraticus* de Juan de Salisbury, del que Agrippa toma literalmente algunos párrafos, como señala oportunamente el profesor Mañas a lo largo de la traducción), desvela el significado y el origen de la comparación de los verdaderos cristianos con la figura del asno que aparece al final de la obra y nos da las claves para entender la *Declamación* como un género literario específico.

Centrándonos en el contenido, lo que más llama la atención al lector es quizás su constante y demoledor tono crítico. Desde el primer capítulo, que sirve de introducción y donde Agrippa descalifica la validez de todas las ciencias en general, hallamos afirmaciones tan llamativas y polémicas como «pienso que no puede haber para la vida de los hombres y para la salvación de nuestras almas nada más pernicioso ni pestilente que las propias artes y las propias ciencias» (p.73), condenada por los teólogos de Lovaina. La retórica constituye el principal blanco de sus críticas («La mentira, en efecto, necesita de la elocuencia y de floridas palabras para poder introducirse en la mente de los hombres», p.74); incluso, en el capítulo VI, tras calificarla de «frecuentemente peligrosa y siempre sospechosa» ve en ella la responsable del auge de muchos movimientos heréticos (podríamos echarle en cara una cierta contradicción pues, para descalificar a la elocuencia, él mismo emplea un extenso y erudito ejercicio retórico). Especialmente interesante para nuestro ámbito resulta el capítulo dedicado a la gramática, repleto de críticas a los gramáticos de todas las épocas. El lector puede reconocer en sus mordaces reproches («engendran tantas gramáticas como gramáticos hay», p. 81; «están en continuo enfrentamiento unos con otros», p.82) la huella de la *Stutitiae laus* de Erasmo, presente también en la censura despiadada a los teólogos, culpables de haber utilizado la gramática para tergiversar el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras, cuya traducción, «tantas veces cambiada bajo pretexto de ser corregida, ya esté en total disonancia con ella» (p.86). Sus palabras son una clara muestra de la controversia sobre la lectura e interpretación de los textos sagrados, cuestión que volverá a abordar en el capítulo XCVIII casi al final de la obra y que tan agrios debates provocó en aquella época.

Agrippa carga contra todo y contra todos: la poesía (capítulo IV) es «la madre de todas las mentiras»; la inmensa mayoría de los libros de historia (capítulo V) están llenos de falsedades y de malos ejemplos; incluso descalifica a las hoy denominadas «ciencias exactas» (capítulo XI) con argumentos tan ridículos que puede parecer que está jugando con el lector («no ayudan a la salvación, sino que más bien conducen al error y nos alejan de Dios»); la nobleza (capítulo LXXX) es «una robusta perversidad y una dignidad adquirida por el crimen, la bendición y la herencia de los peores hijos posibles»; crítica la inmoralidad de la danza en todas sus formas (con armas, con las manos, e incluso menciona en el capítulo XXI la «danza retórica»). Pero pocas veces ofrece una solución o revela su propia opinión, como sucede, por ejemplo, en capítulo LV donde examina y critica las diferentes formas de gobierno, pero no nos dice cuál de ellas sería la preferible a su juicio. En ocasiones condena no tanto el arte o la actividad en sí misma sino el empleo que hacen los hombres de ella; es el caso de la arquitectura (capítulo XXVIII), «disciplina muy necesaria y honesta», que se halla corrompida por el «insaciable afán y ansia por la edificación» de los hombres.

En el tema religioso, abordado en diversas ocasiones a lo largo de la obra, Agrippa, como ya hemos dicho, toma un claro partido en algunas de las cuestiones que provocaban entonces enconados debates, alineándose claramente en el bando reformador. Rechaza, por ejemplo, el culto a las imágenes y critica duramente el uso que hace de ellas en su provecho «la avara casta sacerdotal» (p.186) y dedica el extenso capítulo LXI a repartir durísimas críticas a los magistrados de la Iglesia sin excepción, pues «actualmente ascienden a la cátedra de Cristo muchos pontífices y apóstoles semejantes a los escribas y fariseos» que «abusan desvergonzada, escandalosamente y con criminal placer, según su propio capricho, incluso de las sagradas ceremonias de la Iglesia».

Tras su publicación (Amberes, 1530) la *Declamación* gozó de gran éxito, como el propio Erasmo atestigua en una de sus cartas. Pero muy pronto fue escudriñada por los teólogos de la Sorbona, que censuraron cinco pasajes de los capítulos más críticos con la Iglesia y, tras ellos, los de la Facultad de Teología de Lovaina, que prohibieron 43 artículos, estudiados detenidamente por Manuel Mañas junto con la réplica realizada por Agrippa en su *Apología*. En parte quizás por el atractivo de la obra prohibida, la fama de la *Declamación* continuó y fue traducida a lo largo de esa misma centuria al alemán, polaco, italiano, inglés y francés. Por el contrario en España, como decíamos al principio, la figura de este humanista alemán ha sido poco conocida, debido en buena medida a la ausencia de traducciones de sus obras más importantes. La situación, afortunadamente, ha cambiado. Ya en 1992 apareció una versión castellana de *De occulta philosophia*, acompañada de una breve introducción, poco exigente en el terreno filológico. Ahora el profesor Manuel Mañas, experto traductor de textos latinos tanto clásicos como humanísticos, ha realizado una excelente versión, que se lee con agrado de principio a fin, a pesar de las muchas dificultades que entraña no sólo la comprensión de un texto tan complejo, sino también lo que podríamos denominar la actualización del estilo literario del original, que ha conseguido hacerlo fácil y atractivo al lector de hoy. Estamos seguros de que su obra contribuirá poderosamente a difundir el conocimiento de Cornelio Agrippa en nuestro país y que los estudiosos de la literatura humanística hallarán en ella nuevas e interesantes claves para sus investigaciones.

Antonio ESPIGARES PINILLA
Universidad Complutense de Madrid

Isaac NEWTON, *Historia Ecclesiastica (De origine schismatico Ecclesiae papisticae bicornis)*, Edición crítica, traducción y estudio de Pablo Toribio Pérez, Madrid, CSIC, 2014, 628 pp.

En los últimos años se ha demostrado que el pensamiento de Newton, considerado unánimemente como uno de los científicos y filósofos de la naturaleza más importantes para la modernidad, no puede separarse de su teología, que poco a poco